

LOS ESCRITORES LEONESES ANTE EL SIGLO XXI

El escritor y doctor honoris causa por la Universidad de León Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923) está considerado como uno de los grandes 'cuentistas' de los últimos tiempos. Sin embargo, además del relato corto -género en el que ha publicado un buen número de libros y obtenido premios como el Leopoldo Alas, el Fastenrath o el Torrente Ballester- ha cultivado también la poesía, género que siempre reivindica, la novela y el ensayo. En este relato, en el que también hace un homenaje a la poesía en su final, realiza un recorrido personal por el siglo y el milenio cargado de humor e ironía, además de apuntar lo que espera del siglo que ha comenzado y en el que él cumplirá 100 años.

ANTONIO PEREIRA

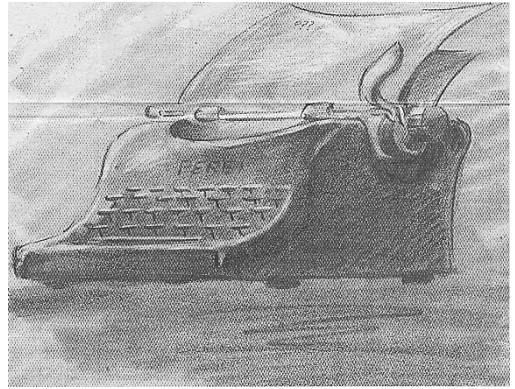
Que mil años no es nada

He andado de balance e inventario. Es lo propio del fin de vez año, pero esta vez lo que corresponde es la cuenta de todo un siglo. ¡Un siglo! «Hace un siglo que no nos veíamos», te dueles con un amigo, o sea una eternidad. Y como también cuadra el fin del milenio, puesto a hacer cuentas y recuentos se me ha ocurrido echar mano de un pequeño juguete de calcular. Todavía no he salido de mi sorpresa matemática. Resulta que yo he participado en el segundo milenio de la era de Cristo con una cuota del siete y medio por ciento. Me parece increíble. ¡Nada menos que el 7,5%! en un periodo que va desde un tiempo en que vivía Almanzor hasta la reciente Nochevieja. Ni siquiera se había inventado, por aquel inicio, la lengua en que estoy escribiendo. Compartí milenio con el Cid, pero me tocó mayor tajada que a él, más que a Leonardo da Vinci o que a Cristóbal Colón; el dolorido sentir de Garcilaso sólo contó con un 3,3333; y por ahí le andará nuestro romántico Gil y Carrasco cuatro días como quien dice y muchos suspiros.

En resumen, aparto el aparatín asombroso y me crezco como hombre de milenios, que eso de los siglos parece una bagatela.

Se supone que debo confesar mis proyectos para el tramo que comienza. El primer propósito, y siempre respetando la voluntad de El de arriba, seguir en este oficio que me queda después de haber olvidado los empleos anteriores. En junio de 2023, merecer en mi pueblo la celebración de mi centenario, teniendo a mi lado a

Crémer (¡qué banquete, Victoriano!) y, por supuesto, a Ramón Carnicer. Administrar mis reservas actuales de cintas para la máquina de escribir manual, y de papel calcante (ahora mismo estoy sacando copia de este articulín), que ya en las papelerías se me ríen en las barbas cuando pido estos accesorios. Rendirme, quizás, a lo inevitable del *interné* o de lo que venga. Menos lo de chingar sin pareja por medio de una máquina, eso sí que no, que al parecer hay que ponerse 36 electrodos y un traje de neopreno, como si te vistieras de bombero...



Lo que no sabemos es si Dios se cansará cualquier día, incluso sin esperar al 2031 que profetizaba san Malaquías. En la Nochevieja después de las uvas, mientras esperaba la llegada del primer sueño, estuve leyendo literatura que ha dejado de ser ciencia ficción para presentarse como ciencia. Y no sin congoja escribí una especie de poema para uso interno, más o menos así:

Es 31 de diciembre

es el último día del milenio dicen

y dicen que ya pronto podrá el hombre

crear hombres a voluntad con

cuerpo y alma.

Si esto llega

EL (que tiene la patente)

HABLARÁ.

Sin profetas Y sin recaderos con su propia

voz como en el Sinaí.

Y acaso diga

se acabó la función.

Ilustración: Joaquín Alegre